

por otro lado, no se eluden cuando son necesarias. De hecho, una de las principales cualidades de la edición es ese aparato crítico, que no solamente fija los textos a partir de los distintos manuscritos completos o parciales, sino que aclara de manera eficaz cualquier duda sobre términos y expresiones, o sobre los numerosos defectos de versificación que ofrecen las copias conservadas.

En definitiva, esta colección de *Entremeses, loas y coloquios de Potosí*, publicada por Vervuert-Iberoamericana, con la colaboración del Archivo y Bibliotecas Nacionales de Bolivia, puede considerarse ya una fuente imprescindible para el acercamiento al teatro virreinal hispanoamericano, al tiempo que la creación del Centro de Estudios Indianos, en el que se inscribe el riguroso trabajo de edición de Arellano y Eichmann, reafirma la valiosa contribución que, desde hace años y en colaboración con importantes instituciones americanas, realiza el GRISO (Grupo de Investigación del Siglo de Oro de la Universidad de Navarra) en el ámbito de los estudios sobre la literatura áurea en España y América.

BEATRIZ ARACIL VARÓN
Universidad de Alicante

ANA CECILIA OJEDA AVELLANEDA, *El mito bolivariano en la literatura latinoamericana. Aproximaciones*. Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, 2002; 393 pp.

Si en algún momento Bolívar soñó con la unión de toda Hispanoamérica, ¿en qué otro instante la América hispana comenzó a soñar con Bolívar? Y no con uno, sino con varios: el libertador, el militar, el caudillo, el pensador, el amante, el hombre, ya en la victoria, ya en la derrota. A lo primero, la mayoría ha consentido en llamar sueño bolivariano –gastado y condenado por la verborrea política al lugar común–; lo segundo, podría aventurarme a llamarlo mito bolivariano –término hasta ahora un tanto menos sobajado.

El trabajo de Ojeda –originalmente su tesis doctoral– se detiene en el mito del Libertador. Su particularidad consiste en ser una aproximación –como prudentemente el título indica– a distintas caracterizaciones literarias hispanoamericanas de Bolívar. Para quienes gustan de los estudios literarios ortodoxos, seguramente la investigación de Ojeda Avellaneda deje algo que desear. En su principal interés por señalar los instrumentos mediante los cuales la literatura latinoamericana ha ido formando la representación mítica del caudillo, la autora recurre a la historia, la antropología, la sociología, la semiología, el análisis del discurso e incluso la psicología. Vale también la pena

destacar lo ambicioso de la empresa que se propuso Ojeda al escoger cincuenta autores de los siglos XIX y XX –entre poetas, novelistas y dramaturgos– para su estudio. De ahí que reconozca ciertas limitaciones metodológicas para profundizar en cada uno de los textos elegidos. Entre los escritores más conocidos están Andrés Bello, José Joaquín Olmedo, Rubén Darío, Juana de Ibarbourou, Vicente Huidobro, José Vasconcelos, Miguel Ángel Asturias y Gabriel García Márquez.

El punto de partida es la biografía de Bolívar. Apoyada en los trabajos de Otto Rank –*Le mythe de la naissance du héros*–, Mircea Eliade –*Aspects du mythe*– y Claude Lévi-Strauss –*Anthropologie structurale*–, entre otros, y mediante la comparación de distintas versiones historiográficas y literarias, Ojeda destaca los hechos en la vida del caudillo que convergen con el mito del héroe. Su nacimiento, su familia, la relación que tuvo con los esclavos, su educación y, por supuesto, su actuar político y militar; todos, con lagunas e indeterminaciones históricas, han dado materia suficiente para formar al Bolívar heroico y mítico. A manera de rompecabezas, los hechos en la vida de un hombre se concatenaron mediante leyendas y relatos populares en donde comenzaron a cifrarse algunas aspiraciones de determinados grupos sociales.

Valdría ahora retomar la pregunta inicial: ¿cuándo comenzó Hispanoamérica, particularmente mediante la literatura, a soñar con Bolívar y con ello a crear su mito? Dos son los momentos que Ojeda advierte como inicio de la mitificación literaria del caudillo. El primero estaría en manos del propio Bolívar con su “Delirio sobre el Chimborazo”, un breve texto escrito en 1822 que muestra el claro conocimiento que Bolívar tenía de los códigos literarios de la época. El texto es bastante revelador si lo consideramos como una prueba del carácter mesiánico que el Libertador comenzó a asumir. En ese “delirio”, Bolívar se ve en la cima del emblemático volcán ecuatoriano mientras el Tiempo le revela la trascendente misión histórica a que está destinado. El segundo momento correspondería al poema “Oda a la batalla de Junín, canto a Bolívar” de José Joaquín Olmedo –al que la autora dedica una extensa parte de su estudio. La composición de Olmedo es el primer gran poema dedicado a Bolívar, incluso el caudillo lo llegó a comentar. Conformada por novecientos nueve versos, la oda heroica del ecuatoriano tamiza los hechos históricos de la batallas de Junín y Ayacucho con visibles referencias grecolatinas hasta formar el gran modelo épico bolivariano.

A partir de esa primera caracterización, cada uno de los períodos literarios se apropiará de la figura del caudillo y la revestirá con nuevos elementos. Los neoclásicos adoptarán una representación clásica, con perfiles grecorromanos y épicos, en correspondencia con el período de las luchas independentistas. Los románticos rodearán la imagen bolivariana con la naturaleza americana cuando surgen y se consolidan las naciones hispanoamericanas. El recuerdo y la nostalgia en me-

moria del Libertador aparece con los modernistas, quienes también deben enfrentarse a la incertidumbre de las nuevas relaciones del escritor con la sociedad. La desacralización de Bolívar comenzará con las vanguardias hasta llegar a la poesía contemporánea, que lo despojará de todo rasgo divino y heroico y lo hará ver como un mortal más.

En esa serie eslabonada de transformaciones de la imagen del Libertador, su cuerpo y pensamiento también son fuente de creación literaria, Ojeda parte de distintas propuestas de “representación bien en términos de figuración (imagen estética), bien en términos de concepción (valores morales); representaciones que dependerán de la concepción del mundo que cada autor posea y que quiere compartir con el lector”. Sea por sus ojos, la frente o su vestimenta –no faltan también las representaciones del caudillo desnudo–, Bolívar ha sido tema recurrente para diversos autores hispanoamericanos. El listado de ejemplos que da Ojeda es bastante amplio, pero algunos dejan la impresión de que pudo haber sido más selectiva. Hay casos, como el poema “Las manos de Bolívar” del venezolano Felipe Herrera Vial –lamentablemente sólo están citadas las primeras estrofas–, que darían para un trabajo sobre los excesos, la mayoría de las veces irrisorios, en la mitificación de Bolívar (hubiera sido muy atractivo incluir un apartado específico sobre las caracterizaciones ridículas y esperpénticas que se han hecho del caudillo). Del panorama que ofrece Ojeda –en el que no podía faltar ese Bolívar cansado que García Márquez retrata en *El general en su laberinto*–, llaman la atención las novelas de Indalecio Liévano Aguirre, *Bolívar*, de Demetrio Aguilera Mata, *La caballeresa del sol*, y de Romero Denzil, *La esposa del doctor Thorne*, que narran la relación de Bolívar con sus amantes, en especial con Manuela Sáenz.

Sin duda, la figura de Simón Bolívar ocupa un lugar central en la formación de Hispanoamérica. Si bien su nombre ha tenido mayores connotaciones políticas e históricas, investigaciones como ésta demuestran que no está de más indagar en campos poco explorados o escasamente difundidos. Probablemente no sea el mejor trabajo que se haya escrito al respecto, pero, como la autora misma apunta, esperamos que en un futuro nuevos estudios –menos extensos y con objetivos más acotados– vengan a aportar otras fuentes y derroteros para el entendimiento de nuestra literatura. En el caso del mito bolivariano, seguramente hay más por decir. El trabajo de Ojeda deja abiertas las puertas para quien desee puntualizar en su adaptabilidad a diversas condiciones artísticas, políticas, sociales y culturales. Sólo resta reclamar la falta de cuidado en la edición, pues son contadas las páginas en las que no se advierten errores en la notación y, lamentablemente, también de redacción. Quede esta deuda pendiente para el editor.

RAFAEL YAXAL SÁNCHEZ VEGA

El Colegio de México